Fernán Caballero

El pájaro de la verdad



GENIO MALIGNO

FERNÁN CABALLERO

El pájaro de la verdad

GENIO MALIGNO

El pájaro de la verdad, de Fernán Caballero.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1877. Dominio público en Argentina desde el 1/1/1948.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/El_p%C3%A1jaro_de_la_verdad. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

El pájaro de la verdad

Érase vez y vez un pescador muy pobre, que vivía en una chocita en la orilla de un río, muy claro, muy manso, aunque profundo, el que huyendo del sol y la bulla, se entraba por entre árboles, zarzas y cañaverales a escuchar a los pajaritos que le alegraban con sus cantos.

Un día que, metido en su lanchita, iba el pescador a echar sus redes, vio bajar pausadamente por la corriente una arquita de cristal. Bogole al encuentro, y ¡cuál no sería su asombro al ver en ella acostadas sobre algodones a dos criaturas recién nacidas, niño y niña, al parecer mellizos! Al pobre pescador le dio mucha lástima de ellas y se las llevó a su mujer, que a la sazón estaba criando.

-¡Eso es! -dijo esta cuando se los presentó-. Tenemos ocho hijos, y como si no tuviésemos bastantes, me traes unos pocos más.

-Mujer -repuso el pobre pescador-, ¿y qué hacía?... ¿Dejaba ir sin projimidad ni caridad ninguna a estos angelitos río abajo, a que se muriesen de hambre o a que se los tragase la mar con sus grandes tragaderas? ¡Dios, que nos envía estos dos hijitos más, cuidará de ayudarnos a criarlos!

Y así sucedió; porque los niños se criaron sanos y robustos a la par de

sus otros ocho hijos. Eran ambos tan buenos, tan dóciles y tan compuestitos, que el pescador y su mujer los querían mucho, y de continuo se los ponían por ejemplo a sus otros hijos, por lo cual estos, envidiosos y enrabiados, les hacían mil injusticias y mil agravios; de manera que huyendo de estos vejámenes, se iban los huérfanos a refugiar entre las arboledas y cañaverales de las orillas del río. Divertíanse con los pajaritos, a los que llevaban migajas de pan, y estos, agradecidos, volaban a su encuentro y les enseñaban la lengua de los pájaros, que aprendieron pronto; y así se entretenían con ellos y les enseñaron muchas cosas muy buenas y muy bonitas, siendo una de ellas el levantarse temprano y otra el cantar. Un día que estaban los hijos del pescador más rabiosos que nunca, les dijeron a los mellizos:

-Nosotros somos bien nacidos e hijos de cristianos; pero vosotros, con toda vuestra compostura y señorío, sois unos mal nacidos, sin más padre ni más madre que el río, lo propio que los sapos y las ranas.

Al recibir este insulto los huérfanos, que tenían vergüenza, se atribularon y avergonzaron tanto, que determinaron irse por esos mundos de Dios o buscar a sus padres.

A la madrugada siguiente, salieron, pues, sin que nadie los sintiese, y empezaron a caminar... a caminar... a la ventura, por esos campos. A medio día no habían vislumbrado pueblo alguno, ni visto alma viviente.

Estaban cansados, sedientos y abatidos, cuando al revolver un montecillo, se encontraron con una casita; pero cuando se llegaron a ella, la hallaron cerrada y ausentes sus dueños.

Entonces, descorazonados, se sentaron a descansar en un poyo que tenía la puerta. A poco rato notaron que se reunían una porción de

golondrinas en el ala del tejado, y como son tan picoteras, se ponían a charlar unas con otras. Habiendo ellos aprendido la lengua de los pájaros, entendían lo que decían.

-¡Hola, comadre de la ciudad! -decía una de ellas que tenía el talante un poco palurdo, a otra que lo tenía muy fino y distinguido. ¡Dichosos los ojos que la ven a usted! Pensé que tenía usted a sus amigas del campo olvidadas; ¡ya! ¡Como vive usted en un palacio!...

-Heredé el nido de mis padres -contestó la otra-, y como no lo han desvinculado, todavía lo sigo viviendo, como usted el suyo. Pero dígame, ante todo -prosiguió con fina política-, ¿cómo le va a usted y a toda su familia?

-Bien, a Dios gracias, porque aunque he tenido a mi Beatricilla con una fluxión de ojos que poco ha faltado para que se me quedase ciega, fui por nuestro remedio, el «pito-real», y se mejoró como por ensalmo.

-Pero, ¿qué novedades me cuenta usted comadre Beatriz? ¿Canta bien el ruiseñor? ¿Se eleva siempre tan airosa la alondra? ¿Se engalana el jilguero?

-Hermana -contestó la interrogada-, no tengo que contar a usted sino puros escándalos. La grey nuestra, que antes era tan inocente y morigerada, está perdida y va tomando los ejemplos de los hombres. ¡Es un dolor!

-¡Qué! ¿Las buenas costumbres y la inocencia no se encuentran en el campo ni entre los pájaros? ¡Comadre! ¿Qué me dice usted?

-La verdad pura y no más; figúrese usted que al llegar de nuestro viaje aquí, nos encontramos con las currucas, que se van cuando viene la primavera, los días largos y las flores, buscando el frío y los temporales; al ver esa insensatez, por compasión las quisimos disuadir, a lo que nos

contestaron con la mayor insolencia.

-¿Cómo fue eso?

-Las dijimos:

-¿Adónde vais, locas?

-De dónde venís, disolutas,

que fuisteis pocas

y venís muchas?

Esta fue la respuesta que nos dieron, con la que nos hicieron salir los colores a la cara.

-¡Qué oigo! -exclamó su interlocutora-. ¿Quién ha osado nunca tacharnos a nosotras, las más honestas y fieles de las aves, de disolutas?

-¿Y qué pensará usted si le digo -prosiguió la primera- que la cogujada, que era tan tímida y tan mujer de bien, se ha hecho una insolente ladrona, y que

La cogujada, en su trajín,

pica el garbanzo, pica el maíz;

y al sembrador que se enfada

al ver el daño que hace,

le dice muy descarada:

«Siembra más, que este no nace».

-¡Estoy atónita!

-Pues no sabe usted de la misa la media. Cuando llegué aquí y quise entrar en mi nido, me encontré en él, muy arrellenado, a un desvergonzado gorrión. «Este nido es mío», le dije. «¿Tuyo?», me contestó el muy grosero echándose a reír. «Mío y muy mío». «La propiedad es un robo», me pitó con coraje. «Señor... ¿Está usted en sí?», le dije. «Ese nido lo

labraron mis abuelos; en él me criaron mis padres, y en él criaré a mis hijos». «No hay familia», me dijo aquel emberrenchinado. Al ver esto me desmayé, y todas mis compañera se pusieron a llorar. Cuando volví en mí, nuestros maridos habían echado a aquel pícaro ladrón. Pero usted, hermana, no verá tales escándalos por los palacios.

-¡Veo otros!... ¡Ay! ¡Si usted supiera!...

-¡Cuente usted! ¡Cuente usted! -exclamaron todas las golondrinas a un tiempo y precipitadamente; y después que el silencio se hubo restablecido, merced a un recio y prolongado «oíd», que pitó la decana, la palaciega empezó su relato en estos términos:

-Han de saber ustedes que el Rey se enamoró de la más pequeña de las hijas de un sastre, que vivía cerca de palacio, y se casó con ella; y la niña se lo merecía, porque era tan buena como hermosa y tan humilde como discreta. Sucedió que tuvo que ir el Rey a una guerra, y la Reina quedó embarazada y con el sentimiento de separarse, en aquellas circunstancias, de su marido. ¡Con razón lo sentía! Porque los ministros y cortesanos, que no la querían por Reina, por ser hija de un sastre, tramaron perderla; por lo cual, cuando salió de su ocasión, dando a luz unos hermosos mellizos, los muy pícaros escribieron al Rey que lo que la Reina había parido era un gato y una culebra.

Cuando recibió semejante nueva el Rey, furioso y avergonzado, expidió una Real orden, que mandaba que lo que la Reina hubiese parido fuese echado al río, y que fuese ella emparedada; y así se hizo. La buena Reina fue emparedada, y los angelitos, metidos en una arquita de cristal, fueron echados al río.

Las golondrinas, que son tan buenas y tan madreras, se pusieron a

alimentarse en coro sobre la suerte de la pobre Reina y de las inocentes criaturas, y los mellizos se miraron asombrados, sospechando si podrían ser ellos aquellos niños abandonados.

La narradora prosiguió:

-Pero oigan ustedes lo que ha permitido Dios para burlar los planes de los malvados. La Reina fue emparedada; pero su ama, que la quería mucho, logró hacer un agujero en la pared, y por allí la suministraba alimentos, como nosotras a nuestros polluelos; y esta señora vive, aunque una vida de mártir. Los niños fueron recogidos por un buen pescador, que los ha criado, según me ha contado un amigo mío, «Martín, pescador», que está establecido a orillas del río.

Los mellizos, que esto oían, estaban enajenados y cada vez más contentos de haber aprendido la lengua de los pájaros; con lo cual se prueba que nunca se deben desperdiciar las ocasiones de aprender, pues cuando menos se piensa, puede ser de gran utilidad lo aprendido.

-De manera -dijeron con alegría las golondrinas- que cuando esos niños sean mayores, podrán recuperar su puesto al lado de su padre y libertar a su madre.

-Esto no es tan fácil -repuso la narradora-, porque no podrán identificar su persona, ni probar así la inocencia de su madre, ni la maldad de los ministros, pues sólo hay un medio por el que podían desengañar al Rey.

-¿Y cuál es? ¿Cuál es? -preguntaron a una voz todas las golondrinas. ¿Cómo lo sabe usted?

-Lo sé -contestó la interrogada- porque pasando un día por el jardín de palacio, me di de patas a pico con un cucú, que como saben ustedes es

pájaro zahorí, y sabe hasta lo venidero; y discurriendo ambos sobre las cosas de palacio, me dijo lo siguiente:

(Los niños y las golondrinas se pusieron a escuchar con redoblada atención, y hasta las golondrinillas sacaron, con grave riesgo de caerse, su cabecita calva fuera de los nidos, sin que lo notasen sus madres, que a haberlo advertido, les hubiesen dado un picotazo en castigo).

-El solo que puede persuadir al Rey -prosiguió la palaciega- es el «Pájaro de la Verdad», que habla la lengua de los hombres, aunque ellos, las más veces, no saben o no quieren entenderle.

-Y ese pájaro, ¿dónde está? -pregunté yo al cucú.

-Ese pájaro está -contestó- en el castillo de «Irás y no volverás»; ese castillo lo guarda un gigante feroz, que no duerme sino un cuarto de hora en las veinticuatro. Si al despertar alcanza a alguno fuera o dentro del castillo, con su tremendo brazo le echa mano y se lo engulle, lo mismo que nosotras a un mosquito.

-¿Y dónde está ese castillo? -preguntó la curiosa comadre Beatriz.

-Eso es lo que yo no sé -contestó su amiga-; lo único que sé es que no lejos hay una torre, en la que vive una pícara bruja, que es la que sabe el camino, y que lo enseña por tal de que le traigan de la fuente que corre allí «el agua de muchos colores», que sirve para sus encantos; pero que no dirá, aunque la maten, dónde está el «Pájaro de la Verdad», al cual tiene aborrecido y quisiera matar; pero como a ese pájaro nadie lo puede matar, lo que hace ella y su compadre el gigante es tenerle preso y guardado por los pájaros de la mentira, que le tienen acogotado, sin dejarle respirar.

-¿Pero nadie más le podrá dar razón al pobre niño si llegase a ir, de dónde tienen escondido al «Pájaro de la Verdad»? -preguntaron las

campesinas.

-Nadie -respondió la ciudadana-, sino un piadoso mochuelo que se ha hecho ermitaño en aquella soledad; pero de la lengua de los hombres no sabe más que la palabra «¡cruz!», que tan impresa se le quedó cuando presenció en el Calvario la crucifixión del Redentor de los hombres, que no cesa de repetirla tristemente. Así es que no se podrá hacer entender del Príncipe, aun dado el imposible caso de que por allí fuese. Pero amigas, quédense ustedes con Dios, que en tan sabrosa plática se me ha pasado la tarde en un decir Pipí; el sol va buscando su nido, que tiene hecho de espumas en el fondo del mar. Y yo voy a buscar el mío; que mis hijitos me estarán echando de menos. Con Dios... ¡Comadre «Beatriiiiz»!

Diciendo esto, la golondrina tomó su vuelo, y los niños, sin sentir con su alegría hambre ni cansancio, se levantaron y siguieron su camino en la dirección del vuelo que había tomado la golondrina.

Al toque de oraciones llegaron a una ciudad, que calcularon sería aquella en que moraba su padre. Pidieron a una buena mujer que les diese albergue por aquella noche, lo que ella, viéndolos tan bonitos y tan modositos, les concedió gustosa.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, cuando ya estaba la niña barriendo la casa, y el niño sacando agua y regando el jardín; de manera que cuando la buena mujer se levantó, se encontró las haciendas hechas; por lo cual se mostró tan contenta que propuso a los niños que se quedasen a vivir con ella. El niño contestó que su hermana lo haría; pero que en cuanto a él, le precisaba concluir un negocio para el que había venido allí. Despidiose, pues, y siguió su camino a la buena ventura, pidiendo a Dios guiase sus pasos para llevar a cabo tan arriesgada empresa.

Tres días anduvo por esos andurriales, sin encontrar ni vestigio de torre, y al cuarto se sentó, triste y desesperanzado, a la sombra de un árbol. Sucedió que al cabo de un rato vio llegar a una tortolita, la que se posó en las ramas del árbol. Díjole el niño en su lenguaje:

-Tortolita del negro collar,
¿decirme querrás
(¡así goces tu amor por un siglo!)
donde está el castillo de Irás
y no volverás?
-¡Pobre niño! -responde la tórtola.
¿Quién tan mal te quiere
que te envía allá?
¡Es mi buena o mi mala fortuna!
contesta el rapaz.
-Pues saberlo quieres -replícale el ave-,
¡sigue el viento, que hoy sopla hacia allá!

El niño le dio las gracias, y se puso en seguida en camino, temiendo que al viento, como es tan voluntarioso y mudable, le diese gana de cambiar de rumbo.

El campo cada vez se hizo más árido y triste, y al anochecer divisó entre sombras y desnudas rocas una mole más negra que ambas, que era la torre en que moraba la bruja. Su vista amedrentaba; pero como el niño estaba animoso, como todo el que lleva por objeto muy buen propósito, siguió impávido; y llegado que hubo, tomó una piedra, y con ella tocó tres golpes a la puerta, que repitieron las concavidades de las peñas, como suspiros arrancados de sus entrañas.

Abriose la puerta y apareció en el quicio, con un candil en la mano que alumbraba su rostro, una vieja tan decrépita y tan horrenda, que el pobre niño dio, horrorizado, tres pasos atrás.

Rodeábala un ejército de lagartos, salamanquesas, cucarachas, arañas y otras sabandijas.

-¿Cómo te atreves, inmundicia ambulante -exclamó-, a venir a alborotar a mis puertas y a despertarme? ¿Qué quieres? Habla presto.

-Señora -dijo el niño-, sabiendo que sólo vos conocéis el camino que lleva al castillo de «Irás y no volverás», vengo a que me lo indiquéis, si os place.

La vieja hizo una mueca, que significaba una sonrisa burlona, y respondió:

-Bien; pero ahora es tarde; mañana irás; entra, y dormirás con estas sabandijas.

-No me puedo detener -repuso el niño-; me precisa ir ahora mismo, para regresar antes que sea de día al punto de donde vengo.

-¡Mal perro le muerda y mal gato le arañe al indócil rapaz! -gruñó rabiosa la vieja-. Si te lo digo -añadió- ha de ser con la condición de que me traigas este jarro lleno de «agua de muchos colores», que brota de la fuente que está en el patio del castillo; y si no me la traes, te convierto en lagartija para toda una eternidad.

-¡Convenidos! -respondió el niño.

Entonces la vieja llamó a un pobre perro, muy flaco y muy doliente, que tenía, y le dijo:

-Ea, ¡upa! Conduce a ese gurrapato al castillo de «Irás y no volverás», y cuidado que avises a mi compadre su llegada.

El perro gruñó, se sacudió y se puso en camino.

Al cabo de dos horas llegaron frente a un castillote muy grande, muy negro, muy triste... cuyas puertas estaban abiertas de par en par, pero sin que luz ni ruido alguno indicasen que fuese habitado; hasta los rayos de la luna, al resbalar sobre aquella masa oscura y sin vida, parecían más pálidos.

El perro se puso a aullar y siguió adelante; pero el niño, que no sabía si era o no la hora en que dormía el gigante, se paró y se apoyó temeroso y agitado en el tronco de un embebido y «frondío» acebuche, que era el solo árbol que se hallaba en aquella árida y escueta comarca.

-¡Válgame mi buen Jesús! -clamó el niño.

-«¡Cruz! ¡Cruz!» -le respondió una triste voz entre las ramas del olivo silvestre.

El niño reconoció con alborozo al ermitaño de que había hecho mención la golondrina, y le dijo en la lengua de los pájaros:

-Pobrecito mochuelo, te suplico que me ampares y que me guíes, puesto que vengo en busca del «Pájaro de la Verdad», y antes tengo que llevar a la bruja de la torre «el agua de los muchos colores».

-No hagas eso- contestó el mochuelo-; sino llena el jarro del agua clara y pura que brota de un manantial al pie de la fuente del «agua de muchos colores»; en seguida entra en la pajarera, que se halla al frente de la puerta; no escojas ninguno de los pájaros de vistosos colores que te salgan al encuentro y te atolondren gritándote todos a la par, que ellos son el «Pájaro de la Verdad», sino coge a un pajarito blanco, a quien los otros tienen arrinconado, y a quien persiguen sin descanso sin poderlo matar, porque no puede morir. Pero... ¡apresúrate!, porque en este instante se acaba de quedar dormido el gigante, y su sueño no dura más que un cuarto

de hora.

El niño echó a correr, entró en el patio, donde halló la fuente, que tenía muchos caños, por los que vertía agua de distintos colores; pero, no los miró, sino que llenó su jarro del manantial de agua clara y pura que brotaba al pie de la fuente, y se encaminó a la pajarera. Apenas entró, cuando se vio rodeado de una bandada de pájaros: los unos, cuervos negros; otros, pavos reales; otros, chorlitos, y todos le aseguraban ser ellos el «Pájaro de la Verdad»; pero el niño no se dejó embaucar, sino siguió derecho, y descubriendo arrinconado al pájaro blanco a quien buscaba, le tomó, le abrigó en su pecho y se salió, no sin llevar sendos picotazos de los enemigos del «Pájaro de la Verdad».

El niño se encaminó sin dejar de correr hacia la torre de la bruja. Cuando hubo llegado, la vieja cogió el jarro y le tiró al niño todo el agua que contenía, creyendo que era la de los muchos colores, y que el niño se convertiría en un loro; pero como era agua pura y clara, el niño, al recibirla, se puso mucho más hermoso. Acudieron en seguida a empaparse en ella todas las sabandijas, que eran las personas que habían ido allí con el mismo intento que había llevado el niño, por lo cual todos los lagartos se volvieron caballeros andantes; las lagartijas, princesas; los grillos, músicos; los cigarrones, danzantes; las chicharras, periodistas; las arañas, doncellas; las curianas, estudiantes; los escarabajos, doctores; los mosquitos, cantantes; las moscas, viudas, y los gorgojos, niños.

Cuando la bruja vio aquello, tomó una escoba, se montó en ella y echó a volar.

Los desencantados, señoras, señores y niños, dieron gracias a su libertador, y cada cual tiró por su lado.

Cuál sería la alegría de su hermana al ver llegar al niño con el «Pájaro de la Verdad», fácil es de suponer; pero quedaba una cosa muy difícil, y era hacer penetrar al «Pájaro de la Verdad» hasta el Rey sin que lo impidiesen todos aquellos cortesanos que estaban interesados en que no llegase a saberla ni a descubrir el gran delito que habían cometido.

Hubo más. Habiendo cundido por la corte que en ella se encontraba el «Pájaro de la Verdad», fue tal el susto que inspiró esta noticia, que pocos eran los que dormían tranquilos.

Se prepararon contra él toda clase de armas, a cual más afiladas, a cual más emponzoñadas; se proporcionaron halcones para perseguirlo; jaulas, calabozos en que encerrarlo, si matarlo no lograban; se le difamó diciendo que su blancura era hipócrita afeite con que encubría su negro plumaje; se le deprimió y ridiculizó de todas maneras, con talento y sin él. Al fin, tanto se habló del «Pájaro de la Verdad», que llegó esta nueva a los oídos del Rey, que se empeñó en verle; y por más que las intrigas de la gente de la Corte lo quisieron impedir, Su Majestad mandó terminantemente que se echase un pregón que hacía saber que aquel que tuviese en su poder al «Pájaro de la Verdad» le presentase sin detención al Rey.

El niño, que no deseaba otra cosa, acudió a palacio, llevando en su pecho al «Pájaro de la Verdad»; pero como es de suponer, no le quisieron dejar entrar los cortesanos.

Entonces el pajarito se echó a volar, se entró en las estancias reales por un balcón, se presentó al Rey, y le dijo:

-Señor: yo soy el «Pájaro de la Verdad»; al niño que me trae en su pecho, no le han querido dejar entrar los cortesanos de V. M.

El Rey mandó luego que subiese el niño, que lo hizo con su hermanita,

a quien había llevado consigo. Luego que estuvieron en su presencia, les preguntó el Rey quiénes eran.

-Que se lo diga a Vuestra Real Majestad el «Pájaro de la Verdad» -contestó el niño.

E interrogado este por el Rey, le respondió que aquellos niños eran sus propios hijos, y le relató cuanto había sucedido.

Apenas se enteró el Rey de tan inicua trama, cuando estrechó con lágrimas de gozo, a los niños en sus brazos; mandó venir albañiles, que abrieron el hueco en el que por tantos años había estado emparedada la buena Reina, y del cual salió la pobrecita tan blanca, que parecía una Reina de mármol; pero apenas vio a sus hijos, cuando brotó a sus mejillas la sangre de su corazón y se puso más hermosa que nunca lo había estado. El Rey la abrazó y la sentó en el trono, y a su lado los Príncipes, sus hijos. Mandó venir al buen pescador, al que hizo jefe del Ministerio de la Pesca; a la fiel y bondadosa ama se la jubiló, se la sentó en un sillón de muelles, con un rosario en una mano y un abanico en la otra, y se la nombró «Duquesa de la Huelga». Repartiéronse muchas gracias y dones, y yo fui y vine y no me dieron nada.